

Además hay un proverbio que dice: *Dime con quién andas, y te diré quién eres*. Por lo que si no se halla un amigo bueno, *mejor es andar solo que mal acompañado*.

Mas el que da con un amigo bueno, ha hallado un tesoro. El amigo para ser bueno, además de las simpatías, inclinaciones, etc., debe ser no solo honesto y religioso, sino tambien atento y fino en su trato, y así se le pagarán sus buenas cualidades.

El clérigo se guardará mucho de amigos no experimentados; los recibirá no obstante con política, los pagará con cumplidos, pero no con confianzas.

No todo el que se acerca y nos llama amigo, lo es efectivamente; y el que es demasiado crédulo sobre este particular, lo paga caro. Hay una diferencia notable entre compañero y amigo, y son muy raros los compañeros que no siendo verdaderos amigos, dejen de ser enemigos.

Quien tenga un secreto, guárdese, y no lo confie en un exceso sentimental, ni aun á su amigo, que le será perjudicial si llega á ser su enemigo.

Sea sincero con los amigos, pero con mucha circunspeccion. Se les debe decir la verdad; pero no toda la verdad.

Prestar al amigo expone á embrollos, no cobrar y hacerse un enemigo. Quien quisiere conservar un amigo, déle la mitad de su haber si es necesario, pero no le preste ni un real.

Tres cosas se conocen solo en tres ocasiones: el valor en la batalla, la prudencia en la cólera, y la amistad en la necesidad.

La buena educacion impone obligaciones para con los amigos.

Le debe evitar el tutearse. Tal práctica engendra demasiada familiaridad, conduce á querellas, y estas engendran el odio.

Nunca se debe abusar de la amistad con exigencias irregulares. Jamás debes precisar á los amigos á que se violenten por satisfacer tu capricho.

No se debe exigir de los amigos, sino con verdadera y grande necesidad, un servicio que les sea sensible ó gravoso.

Siempre se ha de tener una deferencia racional con los amigos, tratando de complacerlos en todo lo que no sea contrario á la ley de Dios, aunque se tenga que violentarse ó mortificarse en algo. Finalmente debes huir de los amigos peligrosos ó mal educados; procura que tus amigos vean en tí un modelo de virtud y cortesanía.

CAPÍTULO X.

Cómo se ha de portar el seminarista en la mesa.

En donde se hace mas notable la buena ó mala educacion de un sujeto es sin duda en la mesa. Por esto nos ha parecido que debíamos dar aquí algunos documentos de urbanidad á fin de que

el seminarista sepa á qué debe atenerse para no pasar plaza de grosero y mal educado ; aquí solamente podemos tocar lo mas principal de lo mucho que hay que decir sobre esta materia , y que no debe ignorar un seminarista , porque con el tiempo mucho le servirá. El seminarista con el tiempo será sacerdote , párroco , etc. Si bien es verdad que no debe ser amigo de convites , pero á veces se hallará precisado á asistir á la mesa de un capitán general , que pasa la visita por su provincia , y las autoridades locales le hacen un convite , y dicho capitán general convida al cura párroco , como hemos visto , ó bien SS. MM. van de jornada ó están algunos dias en una poblacion , y dan un banquete al cual convidan al cura párroco de la poblacion. ¿ Cómo lo hará este si no tiene conocimiento de lo que se debe practicar ? No podrá menos que cometer mil groserías , y ser notado y despreciado interiormente de todos los de la mesa , y obligarles á formar un concepto muy bajo de toda la clase ó estado clerical. Pues bien , para que el clérigo salga con decoro de estos lances , le dirémos aquí lo que comunmente se ha de acostumbrar en la mesa sencilla y ordinaria , pero con decoro , sin groserías , y acostumbrado así , mucho tendrá adelantado , y cuando vendrán estos lances extraordinarios , le aconsejamos que coma poco , que beba menos , y que observe mucho , aunque disimuladamente : y haga lo que hacen los otros.

La buena educacion exige que el individuo sepa hacer y haga lo que hacen los demás (lícitamente) , cualquiera que sea el tono de la sociedad. Debes saber que hay tres clases de comidas : la de aparato ó gran ceremonia , la de convite ó menos ceremonia , y la de familia.

Si alguna vez eres convidado y quieres asistir , te has de presentar diez minutos antes de la hora ; pero ni mas temprano , ni mas tarde. Ni saldrás de la casa del convite sino una hora despues de haber comido , so pena de incurrir en mala nota.

Cuando dén el aviso de ir á la mesa , dejarás pasar á los demás , y si te instan pasa sin alterar , haciendo una breve cortesía con la cabeza. Si los lugares están señalados , cada uno se pondrá en el suyo ; si no lo están , te pondrás al último , ó en donde te digan. Al sentarte no hagas ruido con la silla , ni cojas la servilleta antes que los otros. Esta la colocarás sobre las rodillas : á mano derecha tendrás cuchillo , cuchara y tenedor , y á izquierda el pan.

Estarás modesto y tendrás los piés juntos , por manera que estén tobillo contra tobillo ; las manos sin tocar el tambor con el cuchillo , ni el órgano ó piano con los dedos , ni frotar las manos , ni crujir los dedos , sino quieto.

No se debe hablar al oido ó en voz baja , ó con aire misterioso al que se tenga al lado ; porque las personas susceptibles pueden ofenderse creyendo que se habla de ellas.

Al hablar de una persona nómbrésela, y no se la señale con el dedo, que es lo mas impolítico que se puede hacer.

Es indecente el remangarse para comer, el recostarse, balancearse ó mecerse en la silla, el molestar á los de los lados con los codos ó con movimientos rápidos.

No empieces á comer ni á beber antes que los otros, ni seas el primero ni el último en concluir lo que tienes en el plato, ó de comer. Comerás sin ansia, y con limpieza sin mancharte los dedos, los labios, ni la barba.

No roas los huesos, ni piques para que salga el tuétano, no los arrojes al suelo, ni los pongas en los manteles; ponlos en los bordes del plato en que estás comiendo.

No revuelvas la comida en el plato, ni la soples, ni hagas ruido en él con la cuchara ó tenedor con que la tomas.

Toma solo con dos dedos, y cuando mas con tres lo que se come con la mano, como pan, fruta, etc. El hueso de la fruta con dos dedos lo tomarás de los labios y lo pondrás en los bordes del plato como los huesos y espinas.

Para beber tendrás la boca bien desocupada, tomarás el vaso con los tres dedos: te limpiarás con la servilleta los labios antes y despues de beber.

No mires á los demás cuando estás bebiendo, porque arguye desconfianza. Tampoco les mires ni

terias de ellos cuando están comiendo ó bebiendo.

No te rasques mientras estás en la mesa, ni escupas, ni te limpies las narices, sino con mucha necesidad, y entonces lo harás con el pañuelo sin ruido, y luego lo volverás al bolsillo. Con el pañuelo te limpiarás el sudor si es menester, y no con la servilleta ni manteles; con la servilleta te limpiarás los labios.

No te limpies los dientes ni con los manteles, ni con la servilleta, ni con el tenedor, ni con la punta del cuchillo, ni tampoco con el mondadientes, ni te enjuagues la boca con agua ni con vino. Todo esto guárdalo para cuando estés solo, si es menester.

En cuanto á partir el pan, á usar de la servilleta, y manejar el cubierto y el cuchillo, atente á lo que haga la gente fina, porque en estos particulares suele variar el uso con el tiempo, y segun los lugares y naciones: los ingleses se limpian los dedos y el cuchillo con miga de pan, cosa que entre los españoles no pasa: los franceses cuando mondan una pera hacen cuatro trozos y cada trozo lo mondan y comen: los españoles la mondan toda primero.

Ninguna cosa se toma á mordiscos; el pan se parte con el cuchillo y luego con los dedos de la mano izquierda se corta el bocado que comprende siempre que pueda ser miga y corteza, estos bocaditos se cortan cuando se han menester no con el cuchillo sino con los dos dedos no mas.

Cuando se tiene un pedazo de carne, por ejemplo, entonces se pasa el tenedor á la mano izquierda, y con el cuchillo se corta el bocado, que se asegura con el tenedor, y luego con el tenedor que está en la mano izquierda se lleva á la boca, y así se va cortando y comiendo, y no se corta todo antes, sino segun se va comiendo.

Algunos defectos hay bastante comunes que te queremos indicar á fin de que no incurras en ellos inconsideradamente, y seas tenido por grosero y mal educado. Mezclar diferentes guisos: limpiar el vaso ó plato con la servilleta: lamer la cuchara: soplar lo caliente: mascar ó beber con ruido: jadar despues de haber bebido: revolver la comida: morder dos veces un mismo trozo: comprimir la fruta con la mano, escogiendo la madura para servírsela: coger el vaso por el borde superior ó metiendo los dedos, ya sea para sí, ó para darle á otro: coger algo para guardárselo: verter el café en el plato para enfriarlo y beberlo, etc. La servilleta en su casa con la familia se debe dejar plegada, pero en convite, no, sino recogida sobre la mesa, y no en otro lugar.

Tambien es de mala educacion elegir para sí lo mas gustoso: el lamerse los dedos, el limpiárselos con pan: el fregar con pan los platos: el tomar las cosas con la punta del cuchillo: es falta el ponerse demasiado cerca ó demasiado apartado de la mesa: el apoyar los codos sobre la mesa: hablar con la boca llena: el tomar de la fuente

con la misma cuchara ó tenedor con que se ha comido: sonar la cuchara contra el plato, sorber con él el caldo, escurrir el vaso hasta la última gota, es ridiculo y miserable.

Cuando el dueño ó dueña de la casa sirven ó dan un plato, cederle á otro ó hacerle pasar es muy impolitico.

Jamás debe pedirse ni aun indicarse el trozo que se preferiria.

Jamás se debe alargar el plato para ser servido el primero.

No se debe ayudar la cuchara con el tenedor, ni con otra cosa para comer la sopa. Cuando se ha comido la sopa se debe dejar la cuchara en el mismo plato para que todo se lo lleve el sirviente: la sal nunca se toma con los dedos, sino con la cucharita ó la punta del cuchillo. No se limpia el plato de salsa con miga de pan para comerlo despues. No se debe volver el plato ó vaso, cuando no se quiere mas, basta decir con formalidad que no quiere mas, que el que convida si tiene educacion ya no insta mas.

No se ha de hablar como á sordos. Si la conversacion es general se debe hablar lo suficiente alto para poder ser oido de todos, pero nada mas. Si hay muchas particulares se hablará de modo que no se distraiga ó moleste á los que están mas próximos.

Reza con atencion, si en la mesa en que comes ó te hallas convidado se bendice la comida

y se dan gracias á Dios despues de haber comido; y si no hay tan laudable costumbre, interiormente da gracias á Dios para tí y para los demás.

CAPÍTULO XI.

De las conversaciones.

Habla y te conoceré, decia un filósofo: por cierto que es uno de los medios mas á propósito para conocer, y darnos á conocer el hablar y conversar. Y así diremos los documentos que hemos de tener presentes en la conversacion.

No seas hablador, amadísimo clérigo, porque es achaque de necios ser habladores: el que mucho habla, mucho falta. Para hablar con acierto antes debes escuchar. Saber escuchar es casi tan necesario como saber hablar, y en ello se reconoce mas el buen tono y la buena sociedad. Cuando se escucha á un hombre instruido, la distraccion prueba ignorancia ó majadería. Cualquiera que sea el talento del que habla, quien sabe escuchar demuestra tener tanto como él.

Nada hay mas majadero que interrumpir al que habla para enmendar una fecha ú otro error, ayudar su memoria, ó apuntar una palabra que se cree que busca.

Cortar la palabra para acabar una relacion que otro ha empezado bien ó mal, es extremadamente grosero.

Es insolencia hostezar, cantar bajito, limpiar-

se los dientes, tocar el tambor con los dedos, cuchichear, leer, mirar la hora, etc., cuando álguien habla.

Despues de haber escuchado se podrá hablar; pero siendo la conversacion general, cada uno debe guardar su turno para hablar, y no hacerlo nunca dos ó mas á la vez.

Cuando hables no acciones demasiado, ni hagas gestos, sino te dirán que haces el papel de un mal cómico: por lo regular un clérigo cuando habla familiarmente, debe tener las manos debajo los sobacos, ó debajo los codos, ó las manos juntas insertados los dedos.

No contraigas la mala costumbre de salpicar á los que te escuchan con saliva cuando hablas; y si la has contraido, trata de corregirla.

No pongas á nadie apodos ó motes, ni llames por ellos al que los tenga, porque indica falta de educacion.

Nunca jamás digas mentiras, porque la mentira no solo la reprende la Religion y la moral, sino la buena educacion.

Cuando el que habla dice alguna cosa que á tí te parece no ser verdad, calla y disimula, no te rias, ni digas es mentira, es falso, porque esto seria un insulto.

No seas alabancioso: deja que otros te alaben, si lo mereces: la alabanza, en lugar de ensalzar, envilece al que se alaba á sí mismo.

No uses jamás de palabras feas y súcias, ni de

equivocos que susciten ideas torpes ó asquerosas. Ni apuestes para que te crean.

No preguntes por mera curiosidad la edad que otro tiene. Ni digas á otro que está flaco, descolorido, desmejorado. En las conversaciones no seas de aquellos que andan con *muletilla*, que es cierta palabra ó frase favorita, abusando de ella hasta la importunidad, v. g.: *Estamos: ¿Entiende V. bien? ¿Entiende V. lo que quiero decir?* Hay un autor que dice que estas locuciones viciosas equivalen á: *Estando persuadido de que V. es un tonto, tengo necesidad de dirigirle estas preguntas, á fin de asegurarme de que su pobre inteligencia llega á comprenderme.* Esto, como se ve, nada tiene de halagüeño.

No afectes culteranismo en el estilo, ni emplees palabras retumbantes ni frases demasiado estudiadas y acicaladas, ni uses en conversaciones comunes voces técnicas ó facultativas: tampoco usarás de voces ó frases extranjeras; pues que estas cosas te merecerían el título de pedante.

No seas de aquellos que dan á entender que todo lo saben, que no hay libro que no hayan leído: tú, por el contrario, no tengas reparo en confesar tu ignorancia, cuando no puedas dar razon de aquella cosa.

No repruebes ó alabes todo lo antiguo ó todo lo moderno; ni formes el parangon entre los antiguos y los modernos, hasta que puedas hacerlo con todo conocimiento.

No te acostumbres á fallar autoritativamente sobre el mérito de los autores: di tu parecer, cuando es la ocasion, con mucha modestia.

Las comparaciones sobre el mérito de cada uno siempre son odiosas, cuando viven las personas sobre quienes recae la comparacion.

No hables de política sino con mucha mesura; la ciencia de gobierno es mas difícil de lo que tú piensas.

No censures sino con mucho fundamento las providencias y disposiciones de los superiores.

Delante de otro no hables mal de su tierra, ó de su pueblo, mucho menos de su familia, aunque te refieras á sus mas remotos ascendientes.

CAPÍTULO XII.

De las visitas.

Visita es la accion de cortesanía que se verifica yendo á ver á su casa á alguno por atencion, amistad ó consuelo. El clérigo bueno es hombre de pocas visitas, á no ser que visite á enfermos, afligidos; que en estas sí que es incansable. Sin embargo, hay ciertas personas que si no son visitadas de quien debe, es faltar á la buena educacion. Pues bien, cuando el clérigo se halle en el caso de hacer alguna visita se enterará de la hora, para no molestar haciéndola en una hora intempestiva.

Visita hecha debe ser pagada en todo caso: á

no ser que haya grande desproporcion de clases.

Yendo de visita en coche se para á la puerta de la casa, y sin bajarse se da una tarjeta al lacayo, quien la sube y deja en caso de no estar los visitandos visibles; y la baja y devuelve en caso contrario, para que suban los visitantes.

Los motivos que impelen á la visita son: las Pascuas, dias, ó cumpleaños: las gracias por un convite, aunque no se haya aceptado: un acontecimiento dichoso ó desagradable. Al llegar á una ciudad, villa, etc., se deben visitar las autoridades. Las otras personas mas visibles dentro quince dias.

Una esquila dando parte exige siempre una visita.

Una visita por lo regular no debe durar mas de diez minutos.

Al entrar en una casa no hemos de entrometernos sin que primero el criado dé aviso. Hemos de dirigirnos á la persona mas caracterizada, siguiendo nuestro saludo por órden de categoría, no omitiendo por descuido aunque no sea mas que un ligero cumplido á todos los restantes.

Lo sublime del arte del visitador consiste en saberse retirar á tiempo; en visitas de gran etiqueta, las mas cortas son las mejores.

Si la persona que se va á visitar se prepara para salir, no se la detenga por mas instancias que haga.

Despues de las salutations ordinarias, no to-

me asiento si no se lo dicen, y no se asiente, si el dueño principal no se asienta, y en este caso váyase lo mas pronto posible.

Cuando no se encuentra la persona á quien se va á visitar, se deja una tarjeta doblada de la punta á fin de que conozca que se ha ido en persona. Las tarjetas de buen tono son las que expresan simplemente el nombre, apellido y señas de la casa. El mandar tarjetas colectivas es de mal tono.

En visitas de ceremonia se dejan el baston, abrigo y sombrero en la antesala; en las ordinarias se deja el abrigo y se entra con sombrero y baston, conservándolos en la mano hasta que el visitado indique si se han de dejar; en caso contrario, la despedida debe ser á los cinco minutos. El clérigo visitado lo tendrá presente para no faltar al que le visita.

Al que le manden sentarse no aguarde que le acerquen butaca ó silla; tome él mismo una silla y siéntese donde le indique el dueño; y si no le indica lugar se colocará entre el dueño y la puerta, y en tal caso hará muy breve la visita.

Quien recibe una visita no se debe dejar dominar del mal humor; aunque sea un deudor se ha de recibir con rostro alegre y risueño: váyalo á recibir hasta la puerta, ruégele que descanse, que deje el sombrero y el baston, si los tiene en la mano, aproximándole una butaca y colocándole en puesto de distincion.

Cuando el dueño está solo y recibe la visita no le es permitido el que salga de la sala; hasta la puerta podrá llegar, pero de allí no deberá pasar.

Nunca deben dejarse las visitas solas, aun cuando fuesen para acompañar á un príncipe, el cual no consentirá que le acompañe mas allá de la sala, cuando vea que en ella queda gente.

Quien reciba á un individuo de elevado rango, salga á despedirle hasta la escalera, y si espera algo de él, hasta el carruaje.

Lo que se ha dicho de las visitas se debe entender tambien de las cartas. Se debe contestar (si se puede).

Lo mismo decimos de los oficios que van de autoridad á autoridad; á lo menos se debe acusar el recibo. Tanto en las cartas como en oficios y demás escritos se ha de usar mas tino, delicadeza y finura que en las mismas palabras: por incomodado que uno esté, por mas razon y motivos que tenga, nunca se debe descomedir en los escritos. Haga sentir todo el peso de la verdad, en hora buena; pero siempre con buenos modos, no imitar jamás á la gente ordinaria que cree triunfar con gritos y malas palabras y peores modos.

CAPÍTULO XIII.

Del paseo.

En paseo, en la calle y aun en el campo se distingue el clérigo bien educado del ignorante y grosero. Á fin, pues, de que tengas la instruccion correspondiente y te portes como debes, daremos los documentos siguientes: Ante todo diremos, que aquel que se pasea en actitud majestuosa, dándose importancia ó á saltitos, se expone á que le califiquen de mentecato.

El gesticular en la calle, hablar alto, declamar, cantar, y reir á carcajadas es propio de locos y de mal educados.

Se debe dejar á la voluntad del superior ó del mas anciano elegir el lugar del paseo.

No nos adelantemos nunca á la persona con quien paseamos; al contrario, si se detiene á examinar algo, detengámonos tambien.

Paseando con dos personas de elevado rango, no nos coloquemos en medio, sino á su izquierda.

Al pasear con alguna persona de respeto se le cederá siempre la acera, y si no la hay, la derecha. Si van tres, el centro. Si fuesen de igual categoría, en cada vuelta el centro el que llevaba la derecha, logrando así una perfecta alternativa en la colocacion.

Sería una grave falta, acompañando á una persona respetable, ir distraido volviendo la ca-

beza á todas partes, ó atrás sin necesidad, y mas aun el desairarla, dejándola esperando por detenerse á hablar con otra.

Cuando se detenga á hablar con otro la persona con quien vayamos, es preciso separarse un poco para no oír la conversacion, á no ser que á ello se nos invite.

En ningún caso debe nadie hacerse esperar. Quien hace esperar, de seguro molesta é inquieta.

Quien espera repara en los defectos del que aguarda, haciéndoselos ver exagerados su impaciencia.

Quien vaya solo debe ceder la acera á una persona de mayor suposicion, anciano ó enfermo.

Cuando un carruaje ú otro obstáculo impide la libre circulacion, aunque se vaya de prisa, no debe molestar á nadie para pasar, sino aguardar pacientemente el turno; de otro modo seria manifestar su mala educacion.

Si despues de una tempestad es preciso pasar un arroyo sobre una tabla, se deja pasar primero á los ancianos y gente de mayor categoria. Mas cuando el paso es peligroso, el inferior debe pasar primero.

Despues de saludar á un amigo, se debe uno cubrir aun cuando se pare á hablar con él; pero si es un superior, se debe esperar á que lo mande hacer: en este caso la detencion debe ser corta, y despedirse primero la persona de mas edad ó autoridad.

Al ver á un conocido en la calle, se le debe saludar inmediatamente; pero si va acompañado debe aguardarse á que él lo haga, y en este caso no detenerse. Si él se detiene, abreviar lo posible y dejarle seguir.

Basta para saludar á los amigos un movimiento con la mano, siendo á un caballero, y de cabeza, si es á una señora.

No contestar á un saludo, es la groseria mayor que puede cometerse.

Darse la mano al encontrarse, demuestra cierta familiaridad, que no puede existir sino entre amigos y compañeros.

Es de mala educacion el hablar ó hacer señas desde un balcon ó ventana.

En un carruaje debe ofrecerse á las personas respetables el testero, y el que convida se queda al frente. Mas si la persona respetable es sola, debe decir á la otra que se siente á su lado, y entonces, y no antes, lo hará, colocándose á su izquierda, dando la derecha á la persona mayor.

Se debe conducir á su casa la persona á quien se haya ofrecido asiento en el carruaje.

Si estando á pié nos invitan á tomar asiento en un carruaje, ocupemos el vidrio mientras haya á quien ceder el testero.

Al montar en un carruaje procúrese ser el último, sosteniendo el brazo á los ancianos.

Si se nos obliga á subir el primero rehusamos, pero si insisten, subamos, aun cuando fuera el

carruaje de persona muy elevada : coloquémonos en el lugar ínfimo.

Nunca se monta á caballo antes que la persona de mayor categoría. Jamás se arranca antes que ella, y se la deja arreglar el paso de los caballos.

Se marcha á su derecha , pero sin que nuestro caballo pase del suyo; al contrario , debe quedarse atrás la distancia de dos cabezas de caballo próximamente ; pero si su clase es muy elevada, se andará de manera que la cabeza de nuestro caballo no exceda la grupa del suyo.

Cuando hay barro, se evitan las salpicaduras colocándose á bastante distancia.

Estos documentos los tendrán presentes los clérigos ; singularmente para cuando tendrán que salir á recibir y acompañar á sus Prelados en las visitas pastorales.

FIN DEL PRIMER TOMO.

ÍNDICE.

	PÁG.
Prólogo	5
PARTE PRIMERA. — De los Seminarios, seminaristas, rector y profesores.	7
SECCION I. — De los Seminarios.	7
Cap. I. — De la necesidad de los Seminarios.	7
Cap. II. — Los Seminarios son necesarios aunque haya universidad en la misma diócesis.	10
Cap. III. — La instruccion que se da en las Universidades, tan diversa de la que se da en los Seminarios, da claramente á conocer la necesidad de estos.	12
Cap. IV. — Qué jóvenes deberá admitir el Prelado en su Seminario.	17
Cap. V. — Los jóvenes deben tener vocacion.	22
Cap. VI. — Seminaristas internos y externos.	29
Cap. VII. — Hermandad que han de tener la ciencia y la virtud en el seminarista.	32
SECCION II. — De los seminaristas ó colegiales.	37
Cap. I. — Orden y distribucion del tiempo en que han de hacer todas sus cosas.	37
Cap. II. — De lo que debe hacer el seminarista en la primera hora del día.	39
Art. 1.º — Al levantarse, vestirse y lavarse.	39
Art. 2.º — Modo de componer el aposento.	41
Art. 3.º — Ofrecimiento de obras.	43
Cap. III. — De la oracion.	47
Art. 1.º — De lo que es oracion, su necesidad y facilidad.	47
Art. 2.º — Cuán necesaria es la oracion al seminarista.	50
Art. 3.º — Excelencia y preciosidad de la oracion mental.	54
Art. 4.º — Jesucristo, modelo y maestro de la oracion.	57
Cap. IV. — Método para hacer bien la oracion mental.	61
Art. 1.º — De lo que debe practicarse antes de la meditacion.	61
Art. 2.º — De la preparacion próxima.	64
Cap. V. — De lo que debe observarse en la meditacion.	67
Art. 1.º — Del principio ó ingreso.	67
Art. 2.º — Del medio ó progreso de la meditacion.	72
Art. 3.º — Cómo debe ejercitarse la memoria.	73
Art. 4.º — Cómo debe aplicarse el entendimiento.	79
Art. 5.º — Qué debemos reflexionar sobre el objeto de la meditacion.	80
Art. 6.º — Doctrina práctica que debemos inferir.	81
Art. 7.º — Motivos que inducen á la meditacion.	85
Art. 8.º — ¿Cómo he observado hasta ahora esta doctrina?	92
Art. 9.º — ¿Qué he de hacer en adelante?	94
Art. 10.º — ¿Qué impedimentos debo remover? ¿Qué medios debo elegir?	95
Art. 11.º — Cómo debe aplicarse la voluntad.	97
Art. 12.º — Afectos.	97
Art. 13.º — Propósitos.	103